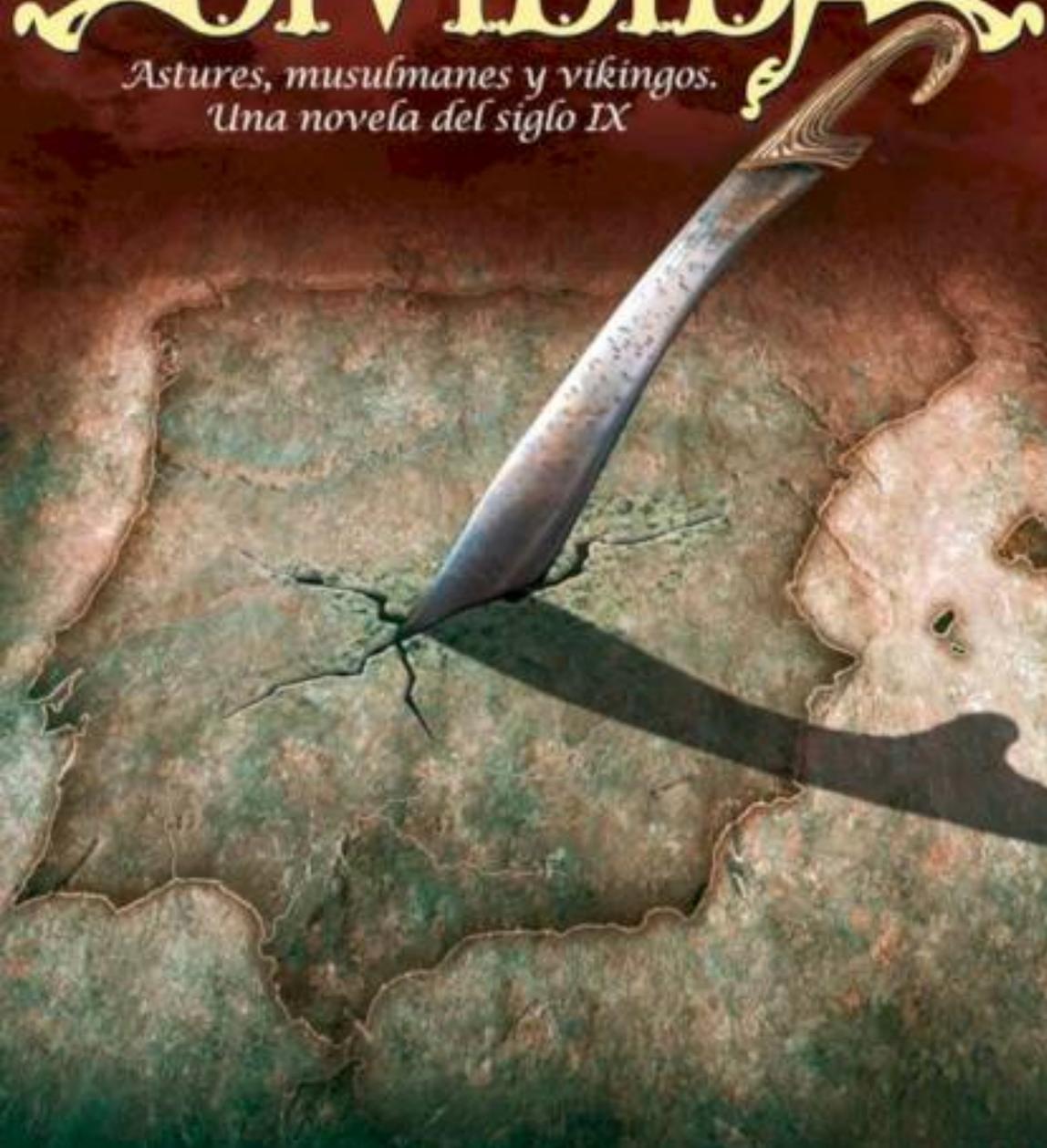


RAMÓN MUÑOZ

LA TIERRA DIVIDIDA

*Astures, musulmanes y vikingos.
Una novela del siglo IX*



A mediados del siglo IX, la península ibérica se balancea en un frágil equilibrio de poder. Por un lado, el Emirato cordobés mantiene gran parte del territorio bajo su gobierno, aunque las riendas de su dominación se debilitan. Por otro, al norte, los cristianos comienzan a organizarse, adquiriendo mayor empuje. Y finalmente, en el valle del Ebro, Mūsa ibn Mūsa, patriarca del clan Banū Qasī, feroz militar y político experimentado, ha logrado aumentar sus dominios hasta erigirse, de facto, en un tercer rey.

Pero dos personajes, sin saberlo, serán los responsables de destruir esa precaria estabilidad:

Fortunio de Monforte, que tras pasar gran parte de su vida como monje recorriendo la península en busca de reliquias, es reclamado por Ordoño, rey de Asturias, para llevar a cabo una importante misión diplomática en la corte de García Íñiguez, señor de Pamplona.

Y Njall Haraldsson, que acaba de embarcarse, casi contra su voluntad, en una poderosa expedición vikinga, comandada por dos temibles guerreros, Björn Costilla de Hierro y Hastein el Astuto, cuyas intenciones son saquear las costas del mediterráneo.

Las vidas de todos ellos confluirán en un desenlace sorprendente, una gesta de audacia sin igual, que hará que tiemblen los cimientos de la Tierra Dividida.

A mi mujer, por su comprensión y apoyo.
Y a mis padres, que me han alentado desde el principio.

ACERCA DE LOS NOMBRES

A fin de simplificarlos (puesto que en su forma completa podrían ocupar un folio entero) la mayoría de las veces he utilizado únicamente el *ism*, el nombre personal, para referirme a los personajes musulmanes, aunque en algunas otras ocasiones he incluido el *nasab*, más o menos equiparable al apellido, que incluye el nombre del padre, del abuelo, etc., unidos entre sí por *ibn*, "hijo de". En cuanto a los topónimos y algunos de los personajes, he utilizado la convención de recurrir a los nombres árabes o a los que hoy generalmente conocemos, en función de la identidad de las personas que se estén refiriendo a ellos. Confío en que el índice de topónimos y la relación de personajes históricos sirvan para aclarar al lector cualquier duda que le pueda surgir a este respecto.

Por último, tanto los nombres como las palabras árabes aparecen en el texto con los signos de transcripción creados por la escuela de arabistas españolas para reflejar la fonética de la lengua árabe. No es el único sistema que existe, pero sí es el más extendido en España, motivo por el que he decidido emplearlo.

RELACIÓN DE PERSONAJES HISTÓRICOS

(Entre paréntesis el nombre árabe cuando aplica)

Abd al-Rahman o Abderrahmán II: Emir de al-Andalus (822-852). Padre de Muhammad I.

Al-Mutawakkil Ala Allah Jafar bin al-Mu'tasim: Califa de la dinastía abasí (847-871 d. C.).

Alfonso II el Casto: Rey de Asturias (791-842). Como su nombre indica, murió soltero y sin dejar descendencia.

Alfonso III: Rey de Asturias (866-910). Hijo y sucesor de Ordoño I.

Amrus ibn Yusuf. Gobernador de Toledo, responsable de la Jornada del Foso de Toledo a comienzos del siglo IX d. C.

Asona Íñiguez: Hija de Íñigo Arista. Esposa de Musa ibn Musa y madre de Lope, Fortún, Mutarrif, Ismail y Oria ibn Musa.

Azraq ibn Mantil ibn Salim: Gobernador de Guadalajara, de posible origen sirio.

Beato de Liébana: Monje lebaniego opuesto a la doctrina adopcionista y autor de un famoso *Comentario al Apocalipsis de San Juan (Tractatus in Apocalypsim)*.

Björn "Costilla de hierro": Jefe normando semilegendario. Uno de los hijos de Ragnar Lodbrok. Participó junto a Hastein en la segunda expedición vikinga al Mediterráneo.

Braulio: Obispo de Zaragoza y amigo de san Isidoro de Sevilla, cuya obra recopila.

Carlomagno: Rey de los francos (771-800 d. C.) y posteriormente, emperador de Occidente (800-814 d. C.) tras ser coronado por el papa León III. Creador de la Marca Hispánica.

Carlos el Calvo: Rey de la *Francia Occidentalis* (843-877 d. C.) y emperador de Occidente (875-877 d. C.).

Casio o Casius (Qasi): Conde visigodo instalado en la cuenca media del Ebro que durante la conquista musulmana abraza el islamismo y declara su obediencia al califa de Damasco al-Walid en el año 714 d. C. Fundador de la familia de los Banu Qasi.

Hipando de Toledo: Arzobispo de Toledo a finales del siglo VIII d. C., gran defensor del adopcionismo.

Eulogio de Córdoba: Sacerdote y principal figura del Movimiento Martirial de los mozárabes cordobeses, en el periodo 850-860 d. C.

Fortún Garcés: Hijo y sucesor de García Íñiguez.

Fortún ibn Musa: Hijo y sucesor de Musa ibn Musa.

García Íñiguez (Garsiya ibn Wannaqo): Caudillo de Pamplona (851-882). Hijo y sucesor de Íñigo Arista.

Gatón: Conde del Bierzo. Posible cuñado de Ramiro I.

Gottschalk de Orbais: Teólogo benedictino del siglo IX d. C. que defendió la idea de la "doble predestinación" en cuanto a la salvación eterna o la eterna reprobación.

Hastein o Hasting: Jefe normando semilegendario, posiblemente de origen noruego. Tutor de Björn "Costilla de hierro" y enemigo encarnizado de los francos hasta que, después la segunda expedición vikinga al Mediterráneo, firma la paz con ellos e incluso llega a prestarles servicios.

Hrabanus Mauro: Arzobispo de Maguncia e importante teólogo medieval. Se opuso firmemente al predestinacionismo.

Íñigo Arista (Wannaqo ibn Wannaqo): Caudillo de Pamplona (816-851). Padre de García Íñiguez y hermano uterino de Musa ibn Musa. Fundador de la dinastía de los Arista.

Ismail ibn Musa: Hijo de Musa ibn Musa.

Leodegundia: Hija de Ordoño I y segunda esposa de García Íñiguez.

Lope (Lubb) ibn Musa: Hijo de Musa ibn Musa. Gobernador de Toledo durante un breve periodo de tiempo.

Luis el Joven: Rey de Italia (844-875). Hijo del emperador Lotario I.

Muhammad ibn Abd al-Rahman II: Emir de al-Andalus (852-886). Hijo y sucesor de Abd al-Rahman II.

Muhammad ibn Lubb ibn Musa: Nieto de Musa ibn Musa y última figura señera de los Banu Qasi.

Munia: Reina de Asturias. Esposa de Ordoño I y madre de Alfonso III.

Musa ibn Musa al-Qaswi: Cabecilla de la familia de los Banu Qasi (839-862).

Mutarraf ibn Musa: Hijo de Musa ibn Musa.

Nepociano: Conde palatino y, durante un breve periodo, rey de Asturias (842). Cuñado de Alfonso II el Casto, del que probablemente fuera el sucesor legítimo.

Omeyas: Linaje árabe que se impone tras la muerte de Mahoma, creando una dinastía que gobierna el Califato de Damasco hasta que son vencidos y prácticamente exterminados por los abasíes. El futuro Abderrahmán I, único superviviente de la matanza de su familia, consigue refugiarse en la provincia de al-Andalus en el año 755 d. C., donde se pone a la cabeza de un ejército formado por sectores promeyas. Después de derrotar al gobernador Yusuf al-Fihri se proclama emir en Córdoba y convierte al-Andalus en un estado políticamente independiente del Califato abasí de Bagdad.

Onneca: Madre de Íñigo Arista y de Musa ibn Musa.

Ordoño I (Urdún ibn Idfuns): Rey de Asturias (850-866). Hijo y sucesor de Ramiro I.

Oria (Aworiya) ibn Musa: Hija de Musa ibn Musa. Supuesta primera esposa de García Íñiguez.

Ramiro I: Rey de Asturias (842-850). Es probable que obtuviera el trono tras sublevarse contra el rey legítimo,

Nepociano.

Rodrigo (Ruderiq): Primer Conde de Castilla (850-873). Posible pariente de Paterna, la segunda esposa de Ramiro I.

San Isidoro de Sevilla: Arzobispo de Sevilla (600-636). Autor de *De laude Spaniae*, de las *Sentencias* y, sobre todo, de las *Etimologías*, una enciclopedia en la que estaba resumido todo el saber de la época.

San Cesareo de Arlés: Arzobispo de Arlés a principios del siglo VI d. C.

Sancho Garcés: Hijo de García Íñiguez.

Serrano: Obispo de Oviedo (853-? d. C.)

Wiliesindo: Obispo de Pamplona.

Ziryab: Músico procedente de Bagdad que introdujo las costumbres iraquíes en al-Andalus a principios del siglo IX.

RELACIÓN DE TOPÓNIMOS

Afranc: Francia.

Al-Bayda o Albaida (La Blanca): Albelda.

Al-Lixbuna, Olisbona: Lisboa.

Al-Quila, Bardulia, Castella: La Castilla primitiva.

Al-Yazira: Algeciras.

Aragoa: Río Arga.

Arcis marmoricis: “Arca (o sepulcro) de mármol”, primitiva denominación del enclave que llegaría a ser conocido como Santiago de Compostela.

Arelate: La actual Arlés.

Arnit: Arnedo.

Bambelona: Denominación árabe de Pampilona (Pamplona)

Baqira: Viguera.

Barxelona: Barcelona.

Campi Gothorum: Campos Góticos, la actual Tierra de Campos.

Galiquia: Galicia. Término utilizado habitualmente por los árabes para referirse al reino de Oviedo.

Güesca: Huesca.

Heligoland: Isla sagrada en la que Forseti, el dios legislador, apareció para entregar un código de leyes a los frisios.

Ifrīqiya: La antigua provincia romana de África, que englobaba el actual Túnez, el oeste de Libia y el este de Argelia.

Isbiliya: Sevilla.

Jakobsland: El nombre que dieron los normandos a la península ibérica.

Moror: Morón.

Mundīq: Río Montego.

Nāyīra: Nájera.

Njörvasund: Nombre que dieron los vikingos al Estrecho de Gibraltar.

Qabtīl: Isla fluvial situada en el curso bajo del Guadalquivir.

Qalahurra: Calahorra.

Qurtuba: Córdoba.

Saraqusta: Zaragoza.

Småland: Comarca del sureste de Suecia.

Šuqar: Río Júcar.

Taraçona: Tarazona.

Tāyō: Río Tajo.

Tolaitola: Toledo.

Tutila: Tudela.

Uryūla: La actual Orihuela.

Xidhona: Medina Sidonia.

Valland: Nombre con el que los normandos se referían a Francia.

Wādī al-Abyad: Río Segura.

Wādī Āna: Río Guadiana.

Wad-al-Hayara: Guadalajara. Literalmente, "río de piedras".

Wadi al-Kabir: Literalmente, "río grande", denominación árabe que ha llegado a nuestros días como Guadalquivir.

Wadi Salit: Río Guadacelete.

PRÓLOGO

El agua de la ensenada estaba en calma. A lo lejos podían verse los alcornos cargados de aves que echaban a volar de repente, llenando el cielo de siluetas en movimiento. Un somormujo pasó planeando cerca de la galera. De su pico entreabierto cayeron unas gotas que alteraron el brillante espejo de las aguas.

«Todo es tan hermoso —pensó Ibrahim ibn Habib—. Es una lástima que pronto deba teñirse de sangre».

El flujo de la marea empujaba con suavidad a la nave. Un viento tímido hacía crujir la vela al tiempo que revolvió las capas de los oficiales. Las dos filas de remos colgaban inertes de los costados de la embarcación. Los remeros estaban ociosos. A través de las portillas oteaban con curiosidad el horizonte.

A Ibrahim le entraron ganas de decir algo, lo que fuera, para romper el pegajoso silencio, pero el gesto serio de sus compañeros hizo que se contuviese. Llevaban navegando desde antes del amanecer y las únicas voces que se escuchaban eran las que prescribían las maniobras de la armada. En el ambiente flotaba una mezcla de expectación y miedo. Todos habían escuchado hasta el hartazgo el relato de las anteriores incursiones de los *madjus* y no estaban demasiado seguros de ser capaces de derrotar a los demonios procedentes del Norte.

Un odre lleno de mosto fresco circuló por la cubierta y él tomó, agradecido, un sorbo. El sol estaba alto, un calor húmedo procedente de la marisma bañaba la atestada galera y hacía que los árabes pellizcaran con nerviosismo sus

cotas de mallas. La mayoría estaban vinculados con la influyente familia de los Banū Shuhayd; sus pesadas corazas constituían una protección tanto como un símbolo de estatus. Junto a ellos destacaba la masa anónima y empobrecida de los soldados bereberes, separada de los anteriores por un odio ancestral. Entre las ligeras armaduras de cuero y lana raramente destellaba el acero.

—¿Es que no van a venir nunca? —masculló a su derecha un sirio alto y desgredado.

Ibrahim asintió por cortesía a pesar de que, en realidad, habría preferido que no vinieran nunca. La espera estaba minando su resolución. Pensándolo otra vez, bien podía haberse inspirado, para los versos que pensaba componer, escuchando en el jardín de su casa a cualquiera de los supervivientes de la batalla.

Él era un niño pequeño cuando los *madjus* remontaron el Río Grande y tomaron Isbiliya por la fuerza. Sólo el castillo se había salvado. Para entonces, sus padres ya habían huido alertados por las noticias que llegaban de Sidona, por lo que sus recuerdos de la invasión se limitaban a los testimonios que había escuchado y a la visión, que tantas pesadillas le había procurado entonces, de los cuerpos de los vencidos colgando de las palmeras. El emir había tenido que reunir a las fuerzas de Qurtuba y de las provincias cercanas para poder hacer frente a los politeístas, y aún así fueron necesarios los refuerzos de las marcas fronterizas para conseguir la victoria. Muchas cosas habían cambiado en los quince años transcurridos desde aquel ataque. Isbiliya tenía ahora un cinturón de murallas alrededor y una atarazana. En cuanto a la armada que Abd al-Rahman II mandó construir para defender las costas de al-Andalus, estaba lista para repeler a los *madjus*.

O al menos para intentarlo.

Ibrahim se desplazó a la parte trasera de la galera para aliviarse por encima de la borda y regresó a su puesto a tiempo de ver que había una hoguera encendida en la ata-

laya encargada de advertirles de la llegada de los invasores. Desde el estuario, el fuego era invisible, como lo era la propia atalaya, pero la inclinada columna de humo resultaba inconfundible.

—Retirad el mástil —gritó el capitán.

Los marineros arriaron la vela latina y bajaron el mástil hasta su soporte mientras los esclavos se escupían en las manos antes de sujetar los remos. Un acre olor a sudor se extendió por el dromón a medida que se levantaban de los bancos y volvían a sentarse, cargando su peso sobre los remos para aumentar la potencia de las pasadas. La tranquilidad de las aguas se había quebrado por completo. Los remos las hacían agitarse y bullir, surcadas por miles de olas que se estrellaban unas contra otras como ratones ciegos.

—Tienes que ir —le había indicado su tío materno, el honorable Abd al-Ŷabbar ibn Yūsuf, poco después de que los emisarios de Al-Lixbuna trajeran nuevas del retorno de los infieles—. Si acudes a luchar contra los *madjus*, Dios los maldiga, la gente querrá oír el relato de tus aventuras. Te harás famoso. Y siendo famoso verás de qué manera aprecian los secretarios y los visires tus poemas y encuentran ingeniosos los versos que antes les parecieron insípidos.

Ibrahim había hecho caso a su tío, no tanto porque le convencieran los argumentos que había expuesto como por el hecho de que esa era la costumbre familiar. Abd al-Yabbar pertenecía a un antiguo linaje de clientes omeyíes y había llegado a ser preceptor de dos de los numerosos hijos de Abd al-Rahman II. Sus consejos, expresados con una lentitud característica, eran recibidos por sus parientes como un regalo precioso. A ninguno, y menos aún al pobre Ibrahim, se le habría ocurrido poner en duda su validez.

Abd al-Yabbar también se había encargado de conseguirle un sitio en la flota que iba a partir de Isbiliya para defender la desembocadura del Río Grande. Él, por su parte, hizo suyas las opiniones del tío y acabó por convencerse de que la experiencia le proporcionaría los materiales precisos

para crear su mejor poema. En el poco tiempo disponible mientras se reunía la armada, adquirió con dinero prestado un amplio camisote egipcio, un yelmo y una espada franca ligeramente mellada. Con el objeto de obtener una primera impresión de los hombres del Norte, llegó incluso a viajar a Qabtīl; allí se habían instalado algunos de los supervivientes de la primera expedición tras convertirse al Islam. Sin embargo, la visita resultó decepcionante. Los antiguos piratas tenían un aspecto imponente, eso era cierto, recios y rubios, de huesos grandes y ojos claros. Pero habían trocado los saqueos y las matanzas de antaño por la fabricación de quesos, y los que Ibrahim conoció eran de un talante tan pacífico que no habrían causado inquietud ni a su anciana madre.

«El clima cálido y los pastos abundantes han debido de suavizar su carácter —reflexionó—. Sin duda los *madjus* que vamos a combatir hoy serán bien distintos de aquellos».

A despecho de la orden de permanecer en silencio se oían continuas llamadas y respuestas, tratando de hacerse entender por encima del fragor de los remos azotando el río. La formación inicial se había roto por completo. Un desorden de embarcaciones seguía a la nave insignia, que avanzaba en cabeza escoltada por dos pesadas *harrāqāt*. Un marinero se había encaramado al techo del castillete de popa para ser visto con mayor facilidad y desde allí transmitía las instrucciones del almirante agitando una bandera de vivos colores. Otros abanderados estaban repitiendo las indicaciones en beneficio de las galeras que iban retrasadas e Ibrahim confió en que no se desvirtuara el mensaje por el camino, tal como ocurría, con demasiada frecuencia, con los rumores que circulaban por la medina.

Paulatinamente, las galeras fueron adoptando la formación en media luna que había decidido utilizar el almirante. En el centro de la línea se situaron las birremes más grandes, embarcaciones de doscientos remos equipadas con

escorpiones, pequeñas catapultas y ballestas. Las alas fueron ocupadas por las maniobrables galeras de cien remos. Entre ellas, en el ala de estribor, la suya. Detrás de la línea principal venía un contingente de reserva para reponer las bajas que pudieran producirse durante la batalla.

En el descenso por el Wadi al-Kabir, Ibrahim había calculado que la armada omeya estaba compuesta por aproximadamente un centenar de barcos. Con una fuerza tan considerable a su disposición, el almirante no había estimado necesario emboscar a los *madjus*. Su mayor preocupación era que el enfrentamiento se produjera lo más lejos posible de las marismas y las pequeñas islas arenosas asomadas al encuentro entre el río y el mar. Esperaba con eso ahorrarle a sus soldados la tentación de huir a tierra si el signo de la lucha no les era favorable. Ibrahim observó también algunos destacamentos de jinetes que cabalgaban por las dunas, preparados para oponerse a un intento de desembarco de los piratas.

Se protegió los ojos del sol con la mano para examinar el mar. Aún no se veía nada. Ningún mástil enemigo entorpecía la plateada serenidad de la ensenada. Una nube de flamencos pasó ante su mirada y se sintió sobrecogido por la belleza de aquel momento único. «Dios es la luz de la tierra y la luz del cielo —se dijo, recordando la aleya del Corán—. Es verdad. Es verdad».

De las naves del centro de la línea brotó un grito de advertencia. Las banderas volvieron a flamear, enloquecidas, y la media luna comenzó a avanzar hacia delante. En el ala en la que se encontraba se produjo un leve retraso cuando varios dromones, demasiado cerca los unos de los otros, tuvieron que separarse para que sus remos no tropezaran entre sí. Pero pronto el error quedó corregido y la formación volvió a recomponerse.

El cadí avanzó entonces a lo largo de la cubierta para ponerse al frente de los soldados, Ibrahim se fijó en cómo examinaba a los hombres con ojo penetrante y le entró